

LAS DESAPARECIDAS BALSAS DE GUANACACHE

GUANACACHE, CENTRO DE POBLACIÓN HUARPE.

El complejo lacustre de Guanacache, hoy inexistente, ocupaba la porción norte de Mendoza, en la zona de confluencia de los ríos San Juan y Mendoza, extendiéndose por el límite de las dos provincias homónimas, aproximadamente desde la parte central, hacia el este, hasta abarcar la región de confluencia de las tres provincias cuyanas. Dentro de tan dilatado escenario, el ámbito más ocupado por el hombre fué la región centrada históricamente en torno de la Capilla del Rosario, conocido por esa circunstancia con el nombre común de Lagunas del Rosario.

En la América precolombina, las lagunas de Guanacache constituyeron uno de los centros principales del antiguo hábitat de los indios huarpes. En ello están de acuerdo los principales etnólogos que se han ocupado de los indígenas de Mendoza. Desde Eric Boman a Canals Frau, pasando por Métraux y Serrano, para no citar sino a algunos de los más caracterizados, encontramos reiterada la mención de las lagunas como región importante dentro del dominio territorial más amplio en el cual vivieron los pacíficos huarpes. Boman, por ejemplo, dice: "...les Huarpes étaient un peuple sauvage vivant en dehors des montagnes de San Juan, dans les plaines autour des grandes lagunes de Huanacache, probablement jusqu'aux pentes occidentales de la Sierra de Córdoba"¹. Antonio Serrano admite la imprecisión en los límites del antiguo territorio huarpe; pero no duda al afirmar que "toda la cuenca de las lagunas Guapacache, buena parte de la región montañosa del noroeste de Mendoza y muy probablemente el actual valle de Calingasta, antiguamente valle de Catalve, eran también territorios ocupados por los huarpes"². Finalmente, Salvador Canals Frau, quizás el investigador que más ha profundizado en el estudio de los huarpes en los últimos años, indica como uno de los principales centros de población a las lagunas de Guanacache: "Las llamadas "lagunas de

1 BOMAN, E., *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, 1 (Paris, MDCCCXVIII [sic]), 35.

2 SERRANO, A., *Los aborígenes argentinos*, Buenos Aires, [1947], 151.

Guanacache", o sea la extensa zona palustre formada por la conjunción de los ríos San Juan y Mendoza, y ubicadas en la región de contacto de las tres provincias cuyanas, se mencionan desde los primeros momentos como zona de población india" ³.

Por tal razón, nos resulta aventurada la afirmación de Ibarra Grasso, quien, en un estudio sobre las embarcaciones de totora, incidentalmente, dice que "estas embarcaciones eran usadas por un pueblo de pescadores en el momento del descubrimiento y hasta hace poco perduraban utilizadas por sus mestizos descendientes. Estos son generalmente identificados con los huarpes o allentiac, lo que constituye un grave error; nada lo autoriza, los huarpes eran unos pueblos de agricultores andinos y los laguneros de Guanacache eran un pequeño pueblo de pescadores enclavados dentro de ellos. . ."⁴. Hay aquí, a nuestro entender, una identificación apresurada de dos hechos que no tienen por qué ser compatibles en todo el dominio huarpe, ya que es perfectamente posible que dentro de una misma agrupación étnica se practiquen diferentes actividades económicas, en consonancia con un distinto aprovechamiento de las posibilidades ofrecidas por el medio.

LA DECLINANTE IMPORTANCIA DE GUANACACHE

La importancia de Guanacache ha seguido un proceso declinante, paralelo al desecamiento progresivo de las lagunas que eran su núcleo. Poco a poco, y con mayor rapidez en el presente siglo, éstas fueron perdiendo su caudal y en la actualidad no existe ya ninguna, por lo cual han pasado a la categoría de recuerdo luego de haber centrado la vida de una extensa zona.

En los comienzos de la conquista, ya nos las menciona el P. Diego de Rosales, y nos da una visión de su grandeza pretérita. Dice así: "Pero las más célebres lagunas son las de Guanacache, que están quince leguas: la una de siete leguas de largo, la otra de tres y la otra de una, donde se cogen las mejores truchas de Chile. Ay en estas lagunas muchos paxaros, patos y anades y para cogerlos los indios usan de un singular artificio. Echan calabazos en las lagunas que se anden sobre las aguas, con que los paxaros no las extrañan, sino que se sientan sobre ellos, y entran los indios cubiertas las cabezas con otros calabazos, y como no los extrañan no huyen,

³ CANALS FRAU, S., *Etnología de los huarpes. Una síntesis*, en "Anales del Instituto de Etnografía Americana", VII (Mendoza, 1946), 34, cita 44.

⁴ IBARRA GRASSO, D. E., *Las embarcaciones de totora*, en "Revista Geográfica Americana", XIII (Buenos Aires, 1940), 96.

y sacando el indio la mano va cogiendo cuantos paxaros quiere y metiéndolos en el agua, sin auyentar los demas" ⁵.

En el siglo XVII siguieron conservando las lagunas su valor y adquirieron su papel de lugar de contacto de diversas tribus, de zona de aglutinación y de recepción de emigrados, que ha de llevarlas a constituir un verdadero conglomerado étnico. De allí proviene la dificultad para clasificar étnicamente a los actuales pobladores de esa región. En 1609 encontramos ya esa situación y advertimos, en otro sentido, que conservan toda su enorme importancia como accidente geográfico: "...se desparraman por unos extensos llanos, sitios en los confines de las tres provincias de Mendoza, San Juan y la Punta, casi en el centro de la que entonces era provincia de Cuyo, formando con la cantidad inmensa de sus aguas una multitud de lagunas que, uniéndose entre sí en el verano, cuando bajan las copiosas nieves derretidas de los Andes, parecen un pequeño mar, dentro del cual se levantan como islas los albardones de tierra que la llanura tenía, o que se han ido formando en torno de los matorrales. Estas eran las guaridas de una parte de los indios, que nunca cayeron en poder de los españoles, y de otros muchos que se habían fugado de sus encomiendas... Siendo aquellas gentes un conjunto de diversas tribus, muchos no entendían ni el quichua ni el huarpe" ⁶.

Evangelizar a los indígenas fué objetivo esencial de la conquista española, como se sabe. De ahí que, en Cuyo, Guanacache fué desde el primer momento objeto de atención especial desde ese punto de vista, lo cual es indicativo de la importancia que poseía como asiento de la tribu huarpe. Una de las primeras parroquias rurales a la que se proveyó de sacerdote fué, precisamente, Guanacache. A la llegada del obispo Pérez de Espinosa a Cuyo, en 1601, las principales agrupaciones indígenas existían en Calingasta, Jáchal, Mogna, Valle Fértil, Valle de Jaurúa, Valle de Uco, Valle de la Barranca, Uspallata, Lagunas de Guanacache, Desaguadero, Corocorto, Valle de Concarán, y el Diamante⁷. El obispo citado envió curas a dos doctrinas solamente, y una de ellas fué Guanacache. "Solamente se sabe de dos doctrinas de esta provincia que fuesen provistas de cura por el obispo Pérez de Espinosa: la de Valle de Uco y la de Lagunas de Guanacache. De la primera, era cura en

⁵ ROSALES, Diego de, *Historia general de el Reyno de Chile, Flandes Indiano*, II (Valparaíso, 1878), 97.

⁶ HENRICH, F., *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, citado por VIGNATI, M. A., *Contribución al conocimiento de la Etnografía moderna de las lagunas Huana-cache*, en "Notas preliminares del Museo de La Plata", I (Buenos Aires, 1931), 225-26, cita N^o 1.

⁷ VERDAGUER, José A., *Historia eclesiástica de Cuyo*, I (Milano, MCMXXXI), 73.

1602, el Pbro. Juan González y de Medina, quien continuaba en este cargo en 1609; sucedióle el Pbro. Lucas Belén de Padilla, que ejercía este oficio ya en 1609. De la segunda, era cura doctrinero en 1610, el Pbro. Domingo Benítez”⁸.

Existía una preocupación indudable por no desatender esos lugares en el aspecto religioso, y así vemos que, en 1732, como no hubiera doctrinero en las lagunas, el obispo de Santiago, D. Juan de Sarricolea y Olea, ordenó al cura de la ciudad de Mendoza: “Que a los pueblos de indios de las Lagunas y a las estancias del valle de Uco, envíe todos los años indefectiblemente, sacerdote para que cumplan con la Iglesia, haciendo padrón de toda la gente que hubiere”⁹. Cuando en la campaña no había doctrineros radicados, los curas de la ciudad de Mendoza la recorrían periódicamente.

Como muestra, igualmente, del cuidado preferente que se daba, en punto a la conversión de indígenas, a esa zona de Guanacache, citemos también el hecho de que, a poco de fundada la Compañía de Jesús en Cuyo, el P. Pastor, nombrado misionero de indios y españoles, fué encargado de que “pasara misión por todas las chacras y haciendas de los españoles, situadas a una legua al derredor de la ciudad y después fuere a evangelizar a los indios, en sus ranchos más distantes”. El P. Pastor, “después de haber evangelizado, convertido y bautizado a un gran número de indios de la ciudad y de las chacras circunvecinas, trasladóse con el H. Martínez, a catequizar los indios de las Lagunas de Huanacache. Aunque el idioma que hablaban los indios laguneros, era diferente del de los de la ciudad de Mendoza, sabían muchos el quichua en que les predicaba el P. Pastor y a los demás, hacía lo por medio de intérpretes”¹⁰.

Otro índice de la importancia de Guanacache lo ofrece la posición que políticamente había adquirido en el siglo XVIII y las numerosas fundaciones que se realizaron en sus inmediaciones: “Se fundaron en estos parajes los pueblos de San Miguel, a unas 4 leguas al oriente de las Lagunas y al lado Sur del desaguadero de ellas, de la Asunción, al Sur de las Lagunas, en la margen occidental del río Mendoza, en su parte oriental. Pequeñas poblaciones se establecieron con el nombre de Cruz de Jume, al Norte del desaguadero de las Lagunas de Huanacache e inmediata a los bañados y totorales que éste forma a unas seis leguas al Oriente

⁸ Ibidem, 75.

⁹ VERDAGUER, José A., *Lecciones de Historia de Mendoza*, 2ª edición, Mendoza, 1920, 104.

¹⁰ VERDAGUER, José A., *Historia...*, cit., I, 80.

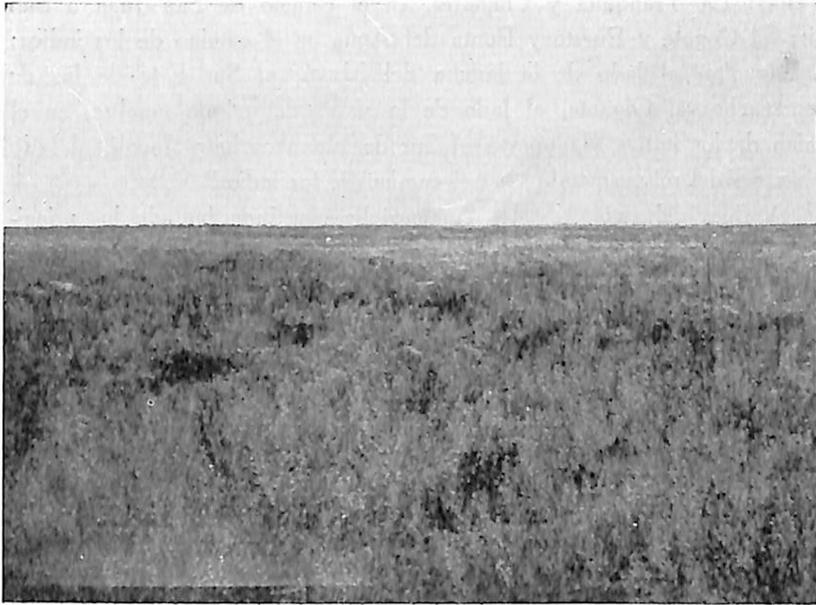


FIG. 1 - Fondo seco actual de la llamada Laguna Grande (Fot. Fidel A. Roig Simon 26 - V - 51).

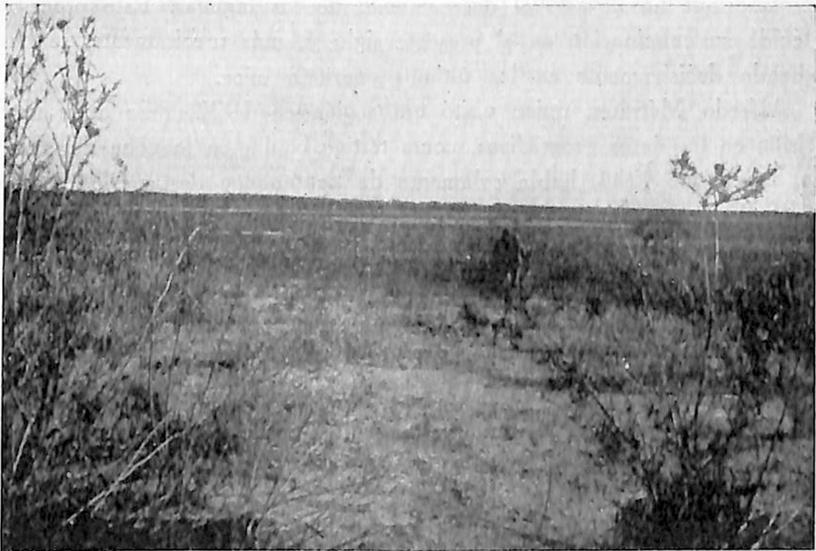


FIG. 2 - Antigua Laguna La Balsita. Al fondo puede advertirse el bordo que antes la cerraba por el norte (Fot. Fidel A. Roig Simon - 27 - V - 51).

de ellas; La Tranquita y Chañares, en el camino de San Juan a San Luis; El Cogote y Puesto y Punta del Agua en el camino de los indios; La Lagunita, al lado de la laguna del Muyú, al Sur Este de las de Huanacache; el Gigante, al lado de la sierra del mismo nombre, en el camino de los indios, Tulumaya al Sur de Huanacache y Jocolí, al lado del arroyo del mismo nombre, en el camino de los indios" ¹¹.

A fines del siglo XVIII, Guanacache constituía uno de los principales centros de población de Mendoza. En el informe enviado a la Corte por el gobernador intendente de Córdoba del Tucumán, marqués de Sobremonte, de fecha 6 de diciembre de 1875, se dice: "Los habitantes de Mendoza son nueve mil doscientos treinta y cuatro en el curato de la ciudad, cuatrocientos doce en el curato de Uco y en el de Corocorto y las lagunas de Guanacache cuatrocientos cincuenta y dos, que componen diez mil noventa y ocho" ¹².

En el siglo pasado y en el presente, marcando un contraste evidente con los anteriores, a la vez que ha aumentado de un modo notable la importancia de otras zonas, ha decrecido extraordinariamente la de Guanacache. Las causas del auge cada vez mayor de ciertos lugares reposan en condiciones favorables que explican ese encumbramiento; pero no era requisito indispensable que fueran acompañadas de la caída vertical de Guanacache. Su pérdida de significación está vinculada íntimamente al proceso que ha llevado al desecamiento de las lagunas. Este proceso ha tenido su culminación en el presente siglo y, más precisamente, se ha agudizado decisivamente en los últimos cuarenta años.

Alfredo Métraux, quien visitó esa región en 1922, pese a su imprecisión en los datos geográficos, como testigo ocular en la zona del Rosario, única que visitó, habla solamente de pantanos y destaca la escasa importancia que poseían las lagunas ¹³.

Cuando, un poco más tarde, anduvo Alberto Castellanos por esos parajes, las lagunas conservaban, en algunos focos, una relativa importancia y todavía daban lugar a labores de pesca, como asimismo eran surcadas por las típicas balsas ¹⁴.

Más recientemente, el director del Museo de Historia Natural de Mendoza, Prof. Carlos Rusconi, ha realizado, desde 1939, varios viajes

11 VERDAGUER, José A., *Lecciones...*, cit., 104-05.

12 VERDAGUER, José A., *Historia...*, cit., I, 375.

13 METRAUX, A., *Contribución a la Etnografía y Arqueología de la Provincia de Mendoza*, en "Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza", VI (Buenos Aires, 1937), 2.

14 CASTELLANOS, A., *Un viaje por las lagunas de Huanacache y el Desaguadero*, Buenos Aires, MCMXXVI.



FIG. 3 - Vivienda natural en Las Hormigas. Integramente de junquillo, con armadura de algarrobo y álamo (Fot. Fidel A. Roig Simon - 26 - V - 51).

de estudios a la zona que nos ocupa. Como fruto de su visión personal, informa: "Cuando visité por vez primera esa región, que tuvo por objeto la recolección de materiales arqueológicos y etnográficos (abril de 1939), sólo había agua en la Balsita y ocupaba unos 400 metros de extensión. Pero en el viaje realizado en noviembre del mismo año, sólo pude comprobar una pequeña laguna menor de una hectárea. Su fauna ictiológica se había extinguido en gran parte, habiendo podido advertir millares de peces muertos, más una decena de animales vacunos y caballares que habían muerto empotrados allí en el fango pegajoso y maloliente causado por la descomposición cadavérica de dichos animales.

"Posteriormente, cuando hice el tercer viaje, en noviembre de 1944 he visto a la citada laguna de más de un kilómetro de amplitud, pero este hecho debe considerarse como un caso excepcional, puesto que coincidió con los embalses de la gran avalancha de agua traída por el río San Juan en 1942..."¹⁵.

15 RUSCONI, C., *Sobre hidrografía de las Lagunas del Rosario*, en "Revista del Museo de Historia Natural de Mendoza", Vol. III, Entrega 3ª (Mendoza, 1949), 194-95

Por nuestra parte hemos tenido ocasión de corroborar muy recientemente —fines de mayo del corriente año— la desaparición total del caudal de las lagunas, en la zona del Rosario. Sólo los característicos *bordos*, como partes más elevadas, marcan la terminación de las antiguas masas de agua y pueden orientarnos sobre la situación anterior de ellas. (Fig. 1 y 2). Su fondo, completamente desecado, está hoy surcado por una serie de huellas y el tránsito se efectúa, por consiguiente, sobre lo que antaño constituían las lagunas. Una vegetación de tipo xerófilo y en partes halófilo, que cada día se densifica más, está invadiendo todo poco a poco.

El proceso de desecamiento comenzó a manifestarse con caracteres alarmantes, a partir de 1910; pero se agudizó particularmente en los últimos quince años, que han visto agotarse los últimos vestigios de las enormes extensiones que en siglos pasados eran ocupadas por las lagunas. En 1942, una creciente extraordinaria del río San Juan aportó algún caudal a la laguna la Balsita. Desde aquella fecha, hasta nuestros días, la aridez más absoluta se ha enseñoreado sobre la región.

¿Cuál puede haber sido la causa de la extinción total de esa masa lacustre? Excede a nuestro propósito la consideración especial de las razones —porque hay más de una indudablemente— que han llevado a la situación actual. Anotemos, simplemente, dos de ellas, más con el deseo de plantear el problema que el de aportar soluciones, porque sólo puede arribarse a una comprensión cabal luego del acopio necesario de elementos y de un examen minucioso de los mismos. La desaparición de las lagunas puede estar vinculada, en parte, al aprovechamiento cada vez más intenso que se hace de las aguas de los ríos San Juan y Mendoza para diversos fines, especialmente para la agricultura, lo cual debe producir, lógicamente, una merma considerable del caudal con que antes llegaban al final de su recorrido.

Si admitimos desde otro enfoque, que el principal aporte para el mantenimiento de las lagunas, lo constituían las aguas freáticas, el fenómeno de mayor cuantía que ha determinado su agotamiento, debe presentarlo el profundo drenaje realizado por el río Desaguadero. Dicho río, desagüe del sobrante de las lagunas, estableció especies de umbrales que fijaron las aguas a cierto nivel; pero, el desgaste continuo de los mismos “hizo que los umbrales en cuestión se convirtieran en saltos, seguidos de profundos “cadosos” que propendieron al derrumbe paulatino de los mismos y con ello sobrevino una mayor profundización del Desaguadero”, de tal manera que este río “se profundizó tanto que vino a actuar como un drenaje permanente de los terrenos saturados de la zona, que

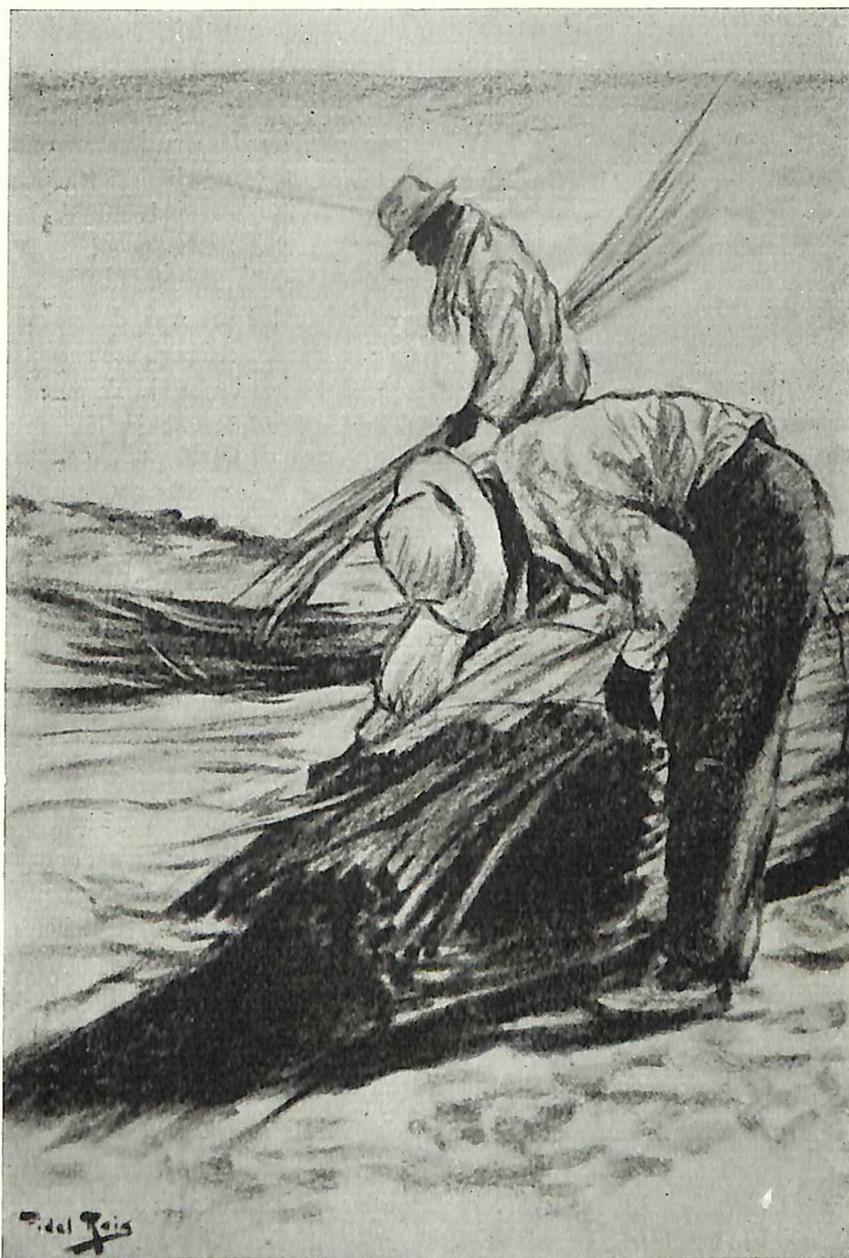


FIG. 4

Carbón de Fidel Roig Matóns

Preparando los elementos para construir la balsa de junquillo y totora.

antes alimentaban con sus filtraciones a las lagunas de referencia". La consolidación de los saltos citados con obras de mampostería, pudo haber evitado el desagote tan acentuado de las lagunas. Así opina el Ing. Galileo Vitali ¹⁶.

De cualquier manera, el agua, factor esencial de vida, ha desaparecido de Guanacache. Su ausencia ha ejercido una lógica influencia negativa, especialmente en el aspecto humano. La certificación más palmaria es la notable disminución de los habitantes. Sin necesidad de hacer cifras, la visión directa lo patentiza en los innumerables ranchos abandonados y en la falta de gente joven. Quedan allí solamente las personas de mayor edad y los niños. Alguna situación económica creada, el apego sentimental a la tradición de sus mayores, el amor a la tierra, son las causas de que se mantengan en el lugar. La carencia total de horizonte de trabajo, las condiciones precarias de la existencia, han provocado en los demás un éxodo hacia otras zonas, que cada día se acentúa más. Esa despoblación la demuestra, asimismo, la carencia actual de sacerdote que atienda la histórica Capilla del Rosario. Siete días al año solamente, en la primera semana de octubre, en ocasión de las fiestas de la Virgen del Rosario, concurre uno a desempeñar su ministerio religioso. Y ello se justifica, porque sólo en esa oportunidad Guanacache parece remozarse y, a veces, hasta tres mil peregrinos concurren a poblarlo fugazmente.

Una serie de hechos humanos que estaban en íntima relación de dependencia con el elemento líquido, han desaparecido o están en vías de hacerlo pronto. La típica vivienda de junquillo (Fig. 3) en la cual se daban tan característicamente las notas de color local, esa vivienda que podía ser denominada natural con toda propiedad, ha de perderse a corto plazo. Las numerosas casas abandonadas constituirán, sin duda, testigos en lenta agonía del material que antes poblaba sus alrededores y hoy ha muerto junto con las lagunas. Las redes de pescar, muestras acabadas de la industria de los huarpes, ya no se construyen más. Lo mismo podemos decir de las balsas.

LAS BALSAS DE GUANACACHE

Coincidente con ese lento agotamiento de las aguas, ha ido desapareciendo también poco a poco el uso de las balsas por los habitantes del lugar. Ellas fueron el elemento de movilidad indispensable para la pesca;

¹⁶ VITALI, G., *Hidrología mendocina. Contribución a su conocimiento*, Mendoza, 1940, 155 - 60.



FIG. 5

Carbón de Fidel Roig Matóns

Armando el cuerpo de la balsa

pero el abandono obligado de este medio de vida ha traído aparejado el de las embarcaciones.

La técnica de construcción de dichas balsas era sencilla y muy similar a la empleada hoy todavía por otros pueblos, señaladamente por los indios urus de Iruito y los aymarás de Titicaca.

El material que emplearon en nuestra provincia es el junquillo (*Scirpus californicus* (Mey.) Steud) dispuesto en haces, entre los cuales se enteraba también la totora (*Typha* sp.). La utilización de dichos elementos exigía primero el secado de los mismos, para evitar su putrefacción e impedir el relajamiento posterior de los haces, si se construyeran todavía humedecidos. La duración, a causa del material empleado, era relativamente breve, a lo sumo de seis o siete meses. Luego de cada viaje, las embarcaciones se ponían a secar sobre dos palos, que servían como parantes.

Cortado y seco el junquillo (así se lo llama en la zona), usado a veces en forma exclusiva, se construían con sus manojos (Fig. 4) haces fusiformes, uno central de mayores dimensiones y dos o tres menores a cada lado, que hacían las veces de bordas y servían, a la vez, para ensanchar la embarcación. Estos últimos, dada su condición secundaria, eran llamados *hijos* por la gente de Guanacache. Aunque ya se ha indicado que su número era variable, generalmente iban tres de cada lado, en razón de la altura que era necesario dar a las bordas para impedir el anegamiento de las balsas.

Los atados se construían colocando los haces más cortos en la parte central y recubriéndolos con los más largos hasta lograr un tronco fusiforme de un diámetro aproximado de setenta centímetros el central y de diez a quince centímetros los laterales. La atadura era realizada con tientos de cuero, de vacuno especialmente, rodeando en forma completa el haz principal y los secundarios, sin correrlos por el interior (Fig. 5). En los últimos tiempos, es muy común encontrar el empleo del alambre, material utilizado en los dos ejemplares existentes en el Museo de Historia Natural de Mendoza.

La proa y la popa, terminadas en punta, con un remate agudo, eran algo más levantadas y se procuraba mantener una misma altura para las dos, como factor de equilibrio (Fig. 6 y 7).

El largo de las balsas así construídas alcanzaba comúnmente a unos tres metros, aunque existían algunas mayores. El ancho, variable, se adecuaba al uso de la balsa. Si ésta servía como mero elemento de movilidad, para el transporte de las personas, se la estrechaba ajustando los haces en mayor grado, para dotarla de una rapidez superior. Si estaba destinada a las labores de pesca, en cambio, el ancho era aumentado. Aguantaban



FIG. 6

Carbon de Fidel Roig Matóns

Dando forma a la proa.

perfectamente sólo el peso de una persona; si la carga era más voluminosa, solían hundirse un poco, de manera tal que el agua penetraba levemente por las bordas. Como elemento para impulsar la embarcación, se utilizaba un palo de cuatro a cinco metros de largo, llamado *bogador* (Fig. 8).

Como ya hemos adelantado, la zona de Guanacache no es el único punto donde se encuentran balsas con características semejantes a las citadas. Una lista detallada de los lugares donde hallamos embarcaciones similares, demuestra la vasta extensión que alcanzaron. En el ya citado trabajo de Métraux, éste, tomando datos de Friederici, indica la distribución de las mismas: "Se encuentran balsas de totora entre los Indios Thompson de la Colombia Británica, entre los Clamath del Oregon y en el norte de California, pero en estas regiones su papel es secundario. Por el contrario, constituyen la principal embarcación de la mayor parte del actual Estado de California y se las encuentra esporádicamente, ya sea las mismas, ya otros tipos de botes más perfeccionados, surcando el mar, en el canal de Santa Bárbara, por ejemplo. Eran éstas el único medio de locomoción náutica empleado en una vasta extensión del interior de la costa, especialmente en el lago Tulare, entre los Yokhut, y en el lago Clear, entre los Pomos, lo mismo que entre las tribus de Shoshones en la Nevada occidental. La tierra clásica de la balsa de junco es la península californiana con las regiones vecinas. Encontramos la balsa en el río exterior, hasta la región situada al norte de Isla de Cedros, donde se emplean las almadías hechas de tronco de cedro. Inmediatamente al sud de esta región, en la Punta de San Eugenio, la zona de las balsas de junco vuelve a comenzar, hasta la bahía de Magdalena. De ahí hasta el sur, contornando enteramente al Cabo de San Lucas, luego de ahí de nuevo hacia el norte, tenemos un área de distribución uniforme de la balsa de totora. Otra gran zona comienza allí, y se extiende desde el cabo Santa Cruz a la desembocadura del Río Colorado, remonta este río hasta la región de Yuma y Mojave, y enseguida abarca de nuevo toda la costa oriental del golfo de San Francisco, la isla Tiburón, la costa de Zamora y alcanza, al sur, hasta Sinaloa . . .

"En Méjico, la balsa de totora aparece esporádicamente" ¹⁷.

Con respecto a la distribución de las balsas de totora en América del Sur, agrega a continuación: "En la América del Sud, tenemos este tipo de embarcación directamente bajo el ecuador, entre los Passau, un pueblo de pescadores tan primitivos y salvajes que Huayna Capac se habría re-

17 MÉTRAUX, A., *op. cit.*, 36-37.



FIG. 7

Carbón de Fidel Roig Matóns

Botadura de la balsa.

husado anexarlos a su imperio. Las balsas de totora estaban muy difundidas sobre las costas del Perú y Chile, pero es difícil de precisar los sitios donde se hallaban en uso y donde no lo estaban. La existencia de estas balsas debía, sin duda, depender de la de la materia prima. En diferentes regiones, se tenía diferentes tipos de balsas, una a la par de la otra. La región de Trujillo y de Chile son particularmente célebres a este respecto. Tierra adentro, las balsas se hallaban en uso casi exclusivamente sobre los lagos. Los Uros de Titicaca pasaban en ellas su vida y los Pehuenches se servían de ellas para navegar sobre el Nahuel Huapí, lo mismo que los Huarpes sobre las Lagunas de Huanacache, al norte de Mendoza.

“El punto más oriental alcanzado por la balsa, es el río Meta entre los Guahibos, en la desembocadura del río Casanare. Estas últimas balsas no entran en la misma categoría de las precedentes, y parecen diferir de ellas fundamentalmente por su materia prima y su forma”¹⁸.

Métraux añade a los datos de Friederici, lo siguiente: “A) esta lista, habría que agregar todavía los Kaité, los Indios tupí-guaraní, que viven en la embocadura del río San Francisco, al norte de Bahía. Estos flotadores eran fabricados con una especie de junco llamado *periperi*, que se anudaba en grandes haces alrededor de una pértiga. Estos rollos eran luego asegurados uno con otro con lianas y sujetos juntos por piezas de madera transversales. Los Kaité obtenían así almadías resistentes, capaces de afrontar el alta mar”¹⁹.

Tal distribución de estas balsas, plantea dos problemas. Uno es, si debemos aplicar aquí la idea elemental, en el sentido de que las creaciones responden al imperio de la necesidad y a las incitaciones y recursos del medio; o bien, si hay que admitir el criterio de difusión, es decir, si existe una relación tal que haya implicado un contacto creador de la similitud. El segundo problema, es ver si hay una adaptación de ellas al material empleado, o si se trata solamente de una herencia de técnica, que fué llevada a la práctica con el material encontrado a mano. En ambos interrogantes, nos inclinamos por la segunda disyuntiva.

Puede parecer que el empleo del mismo material determina el tipo de embarcación, respondiendo a una sugerencia del elemento vegetal aledaño a la vía navegable. Pero, en este caso, es realmente sintomático el hecho de que los pueblos que utilizan este tipo de embarcaciones sean casi todos pertenecientes a la costa americana del Pacífico. Debe concluirse que ha existido entre ellos una relación, un contacto. Tal es lo que, en un orden

18 *Ibidem*, 37.

19 *Ibidem*.



FIG. 8

Carbón de Fidel Roig Matóns

En marcha bogando.

más amplio de comparación de elementos, está incluido en la afirmación de Canals Frau de que, dadas las afinidades del grupo huarpe-comechingón con los urus del altiplano boliviano, por ejemplo, tal vez no sean todos ellos sino restos de una disuelta unidad mayor que habría pertenecido a la primera capa de población americana ²⁰. El mismo autor ha creado la denominación de huárpidos como tipo racial sudamericano, dentro de los cuales están incluidos, entre otros, los huarpe-comechingones y los urus ²¹, dos de esos pueblos de similar técnica constructiva en sus embarcaciones.

En cuanto al problema de si las embarcaciones obedecen en su forma al material empleado, la respuesta debe ser negativa. Hay aquí, simplemente, una herencia de técnica entre pueblos emparentados, técnica que fué aplicada a los elementos con que se contaba. Digamos al respecto, con Ibarra Grasso: "La técnica de construcción de las embarcaciones de totora nos da canoas que se caracterizan exteriormente por estar hechas a manera de tronco, o sea que son como un gran haz de totora atado de manera de lograr una forma fusiforme [sic], con dos leves bordas en sus costados; sobre este tronco el navegante va de pie o sentado pero de cualquier modo va *sobre la canoa*. En cambio en las embarcaciones de formiol (especie de totora) de los habitantes de las islas de Chatham, al Este de Nueva Zelanda, el nauta no va sobre, sino *adentro de la canoa*, por estar ésta construída con la técnica de las canoas de tablas; esta canoa es hueca, tiene asientos, palas para remar, etc., y nada tiene que ver con las embarcaciones de totora entre las cuales generalmente se la clasifica a causa del material empleado" ²².

La adecuación del material de que se dispone, a la técnica conocida, ofrece el caso inverso en Tasmania: "La técnica aquí conocida es la que corresponde a las embarcaciones de totora, pero la falta de este material, o alguna otra razón semejante, hizo adoptar como materia prima las cortezas, cuya técnica más perfecta de utilización corresponde a las embarcaciones en las cuales el nauta va adentro de ella, y se obtuvo como resultado una embarcación tosca y más pesada, aunque de mayor duración, que las hechas con el material anterior" ²³.

La conexión histórica entre los pueblos que han utilizado o utilizan el mismo tipo de embarcaciones, no impide el desarrollo de matices diferenciales. Así, las balsas construídas en Guanache difieren en ciertos

20 CANALS FRAU, S., *El grupo huarpe-comechingón*, en 'Anales del Instituto de Etnografía Americana', V (Mendoza, 1944), 47.

21 CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, Buenos Aires, [Año del Libertador General San Martín 1950], 295.

22 IBARRA GRASSO, D. E., *op. cit.*, 94.

23 *Ibidem*.

aspectos de las del lago Titicaca. En aquéllas, como ya se indicó, la construcción consta de un haz central mayor que forma la quilla y de otros dos o tres más pequeños, a cada lado, que constituyen las bordas; en Titicaca, la quilla reúne tres haces centrales, dos grandes y uno pequeño o *tusi*, nombre que se da también a toda la embarcación. El *tusi* es tan pequeño que prácticamente desaparece entre los otros dos y ha llevado a la opinión equivocada de que la quilla consta de dos atados, como encontramos indicado en Parodi²⁴. Tal error es aclarado por Palavecino, en un trabajo sobre los indios urus: "...mi tiempo de observación ha sido bastante prolongado como para poder disipar el error, tan generalizado, de suponer que las balsas de totora están constituidas por sólo dos cuerpos, cuando en realidad tienen tres"; la causa del error reside en el procedimiento de ajuste tan perfecto, ya que "se consigue una unión tan apretada que el cuerpo central, oprimido por los dos laterales, se estrecha y desaparece de la vista, dando la impresión de que la balsa sólo consta de dos piezas principales"²⁵.

La existencia del *tusi*, que no desempeña en realidad ningún papel en la armazón de la balsa, parece responder a una evolución histórica. Según Schedl, "se lo explica como una forma transformada de un gran haz central que fué disminuyendo mientras los rollos laterales, muy reducidos entonces, crecían. Actualmente el *tusi* no tendría ninguna función, sólo sería el testigo de una antigua técnica y testimonio de una pretérita invención única"²⁶.

La distinta estructura del casco es, pues, la diferencia sustancial entre las balsas construídas en Titicaca y en Guanacache. Hay otras, de menor importancia, como el remate menos levantado en popa y proa, y la no utilización de velas, en las de Mendoza. Asimismo, las dimensiones son mayores en Titicaca; las de los aymarás, nos lo comunica Parodi, en ciertos casos "son suficientemente grandes para soportar cinco o seis personas y hasta para transportar un hombre con su caballo"²⁷.

Por desgracia, las lagunas de Guanacache ya no existen y las balsas que las surcaron han perdido su razón de ser y de existir. Los pocos hombres que viven allí, siguen aferrados obstinadamente a ese ambiente, pleno de fuerza telúrica, como si estuvieran sometidos de antemano a ese impal-

24 PARODI, L., *Las balsas usadas por los aymarás en el lago Titicaca*, en "Physis", XI (Buenos Aires, 1935), 147.

25 PALAVECINO, E., *Los Indios Urus de Iruito*, en "Runa", Vol. II, Partes 1-2 (Buenos Aires, 1949), 77.

26 SCHEDL, A., *La totora y los indios uru*, en "Revista Geográfica Americana", XIII (Buenos Aires, 1940), 255.

27 PARODI, L., *op. cit.*, 147.

pable sedimento temporal que ha sepultado a sus antepasados. Una inefable sensación de cosa muerta brota al andar sobre aquellas heredades desiertas, sobre esos campos yermos que parecen esperar el agua que antes los cubrió. Y en los hombres se adivina el sentimiento impotente de querer detener el tiempo; más aun, de retrogradarlo hacia ese pasado que es lo único presente en sus afanes, hacia ese ayer cuyo regreso es la única esperanza que los alienta. Por sobre todo, una sensación de quietud, una especie de abandono, de renunciamiento, que lleva, con su sello de derrota y resignación, un anhelo de confundirse con el destino de la tierra.

Guanacache ya no será. Cabe sólo esperar el milagro que lo levante. Valga, pues, este trabajo, como plasmación modesta y añorante mirada retrospectiva hacia un pasado que resume la esencia de la Mendoza indígena.

Prof. MARIANO ZAMORANO *

* El autor se hace un deber en manifestar su vivo agradecimiento al señor Fidel Roig Matóns por haberle facilitado los estudios al carbón que figuran en el trabajo y por los informes verbales que le aportó sobre el tema.